





TERRY COOK

Imposturas intelectuales o renacimiento profesional: posmodernismo y práctica archivística

Los conceptos posmodernos ofrecen una serie de posibilidades que enriquecen la práctica archivística. Estudiosos de una amplia gama de disciplinas están volviendo a poner sus ojos en la autoría, medios de comunicación, representación, comportamiento organizativo, memoria individual y colectiva, instituciones culturales, historia, y más recientemente, en los mismos archivos como instituciones, actividades y documentos. Por lo tanto el posmodernismo se dirige a cualquier cosa que el archivero piensa o toca, lo cual debería llamar su atención. Mientras que el posmodernismo es difícil de definir y viene cargado de controversia, sería una irresponsabilidad no enlazarlo con las ideas que están afectando de forma fundamental a la sociedad, a la percepción de la sociedad y al uso del archivo¹.

Terry Cook

Profesor del Programa de Estudios Archivísticos de la Universidad de Manitoba

tcook3957@rogers.com

Traducción de Verónica Fernández de Cabo

Versión original: "Fashionable Nonsense or Professional Rebirth: Postmodernism and the Practice of Archives", *Archivaria*, 51 (Spring 2001), pp. 14-35. Traducido y publicado con la autorización del autor y de The Association of Canadian Archivists (www.archivists.ca)

*Este ensayo inicia su vida como discurso dirigido a la Asociación de Archiveros Canadienses en Winipeg el 8 de junio de 2001. Otros dos discursos de la misma conferencia también consideraron aspectos de la posmodernidad/deconstrucción y del archivo; estos trabajos realizados por Verne Harris y Heather MacNeil fueron revisados y se publican en otras páginas de ese número de Archivaria (los tres se han desarrollado de forma independiente). Mi ensayo también se ha revisado de forma significativa desde Winipeg, aunque sigue conservando intencionalmente ese tono general de ensayo, más que de trabajo de investigación. Por la gran ayuda de los comentaristas, que en un breve espacio de tiempo, mejoraron sustancialmente esta versión, quiero dar las gracias a Sharon Cook, Universidad de Ottawa; Verne Harris, Universidad de Witwatersrand y Archivo Histórico Sudafricano; y Joan Schwartz, Archivos Nacionales de Canadá, y también a los dos críticos revisores de Archivaria. Este artículo fue planeado para completar mi "Archival Science and Postmodernism: New Formulations for Old Concepts," *Archival Science: International Journal on Recorded Information* 1.1 (2001): 3-24 [publicado en español en este mismo número]. Este artículo señalaba el impacto de las ideas posmodernas en la teoría archivística. Y este artículo se centra más en las condiciones sociales del posmodernismo y en cómo la perspicacia posmoderna podría mejorar la práctica archivística y las estrategias profesionales.*

Este ensayo trata de cumplir seis propósitos: comienza esbozando lo que los críticos dicen contra el posmodernismo; después sugiere por qué el posmodernismo es importante para los archiveros; posteriormente detalla cómo el mundo ha evolucionado hacia las condiciones del posmodernismo y cómo estas repercuten en los archiveros; explica los conceptos claves del posmodernismo; revisa de forma breve lo que los posmodernistas afirman sobre los archivos y documentos y concluye sugiriendo algunas implicaciones prácticas del posmodernismo con la idea de que todo esto pueda enriquecer la experiencia archivística de los archiveros y sus clientes.

A pesar de su actual popularidad, es fácil burlarse del posmodernismo como una quimera académica auto-indulgente, sin relevancia para el trabajo archivístico o de cualquier otra práctica. El primer objetivo siempre se encuentra en el relativismo del posmodernismo. Si los posmodernos dicen que todo es relativo, que cada significado esconde un significado dentro de un ciclo de infinita deconstrucción, que nada se puede saber con seguridad absoluta, que las palabras y las imágenes (“texto”) son la única realidad, entonces ¿por qué los archiveros no deberían desechar el posmodernismo como otro ejemplo de relativismo – tan incierto, inestable y relativo como todo lo que critica? Si los posmodernos alegan que la historia es una serie de ficciones impuestas por aquellos que se encuentran en el poder para incrementar su posición social y política, ¿cómo podrá esto atraer a los archiveros, en algún momento, para los cuales una gran parte de su trabajo y clientela se fijan en el pasado y en el documento como prueba de hechos y actos? Al reducir la historia a encontrar ejemplos en el pasado que apoyen una serie de conclusiones basadas en una teoría crítica *a priori* y al elevar las tipologías narrativas variables por encima de la reconstrucción científica del pasado basado en la prueba, el historiador posmoderno se convierte en un intérprete de los textos (i.e., documentos) como signos semióticos con significados ocultos más que como pruebas documentales de actividades pasadas. Por esta razón, algunos críticos anti-posmodernos etiquetan a los historiadores posmodernos como “crea-teorías” culpables de un “egotismo garrafal... disfrazados con la jerga de la filosofía alemana y la imagería del discurso francés – [donde] las metáforas con regularidad hacen las veces de pensamiento racional.” La interpretación personal del pasado por parte del historiador se convierte en más importante que las personas, lugares y hechos del pasado mismo. “Dicha doctrina, disfrazada sin embargo, conduce directamente a un nihilismo frívolo, que permite al historiador decir lo que quiera,” lo que incluye a los negadores del Holocausto².

Con la atención puesta en las cuestiones de raza, clase, género, postcolonialismo y otros grupos marginales diversos (aborígenes, gays y lesbianas, pobres, etc.) también se critica el posmodernismo por ser simplemente una ideología de izquierdas remodelada buscando una respetabilidad académica. Estudiantes existencialistas y neo-marxistas en Francia ganaron en la Universidad lo que no

lograron en las calles de París en 1968, una estrategia imitada con avidez por los nuevos izquierdistas nacidos en la posguerra, los cuales, frustrados de forma similar por una Norteamérica neo-conservadora, captaron más tarde a los círculos académicos para su mensaje anti-*establishment*. Si esto es cierto, como los críticos neo-conservadores afirman, tal marxismo recalentado y la angustia existencial apenas deberían atraer a cualquiera que no comparta estos valores. E incluso para algunos reformadores izquierdistas, el relativismo, la introspección y el escepticismo del posmodernismo son “incompatibles con la política feminista (y por lo tanto con cualquier política radical)”.³ El posmodernismo se derrumba y así, a continuación, el pensamiento convencional no logra fortalecerse. Los grupos feministas, entre otros, han considerado irónico que precisamente cuando algunos de estos mismos grupos marginados, en donde se incluyen las mujeres, están a punto de conseguir voz, el concepto de autoría autónoma debería declararse muerto. Como observaba una escritora feminista, “¿cómo me puede pedir alguien que diga adiós a la ‘metanarrativa emancipatoria’ cuando mi propia emancipación sigue siendo un asunto incompleto y una lotería?”.⁴

A este respecto, la posmodernidad evita la metanarrativa, esas interpretaciones radicales que totalizan la experiencia humana de una forma monolítica, se trate de capitalismo, patriarcado, imperialismo, estado o del “canon” occidental de literatura o filosofía – casi cualquier cosa que refleje el pasado o la “hegemonía” presente de varones blancos muertos. Como ejemplo, desde una perspectiva posmoderna, la literatura occidental principalmente hasta hace poco no ha sido una expresión individual del empeño humanista sino un vehículo para reforzar el patriarcado o el colonialismo. El posmodernismo busca entonces enfatizar la diversidad de la experiencia humana recuperando las voces marginadas frente a dicha hegemonía, y de ahí su énfasis a través una amplia gama de disciplinas académicas, en cuestiones de género, raza, clase, sexualidad y localidad. Sin embargo, los críticos aducen que el posmodernismo impone en su lugar su propia interpretación totalitaria centrada ahora en las voces marginadas. ¿Qué es la teoría social o crítica posmoderna en sí misma más que una narrativa metodológica? Dicha metodología se predica con una lectura hermenéutica del texto que favorece las ideas o “historia” del intérprete por encima de las acciones de los participantes originales o de las ideas de los autores originales. La hermenéutica “permite al estudiante dotar de significado a sus materiales en lugar de extraer el significado e importarlo de estos”.⁵

Como si todo esto no fuera todavía una razón suficiente para desconfiar del posmodernismo, sus principales seguidores a menudo utilizan un lenguaje enmarañado y una jerga impenetrable: la filosofía alemana críptica casada con la especulación francesa absurda.⁶ Cuando el escritor posmoderno quizá más importante y con certeza más prolífico, Jacques Derrida, fue designado para un título honorífico por la Universidad de Cambridge, un grupo de profesores de esta ve-

nerable institución protestaron, afirmando en una carta dirigida al *Times* de Londres que “su estilo desafía la comprensión” y que “donde se realizan afirmaciones coherentes o bien son falsas o bien triviales... poco más que ataques semi-inteligibles a los valores de la razón, verdad y erudición...”⁷ Un chiste circula por Internet, parodiando las películas del *Padrino*:⁸

P: ¿Qué sacas si cruzas un posmoderno con un jefe de la Mafia?

R: ¡Alguien que te hará una oferta que *nadie* podría entender!

Con un toque académico más serio, en una respetada y erudita revista de estudios, el físico americano Alan Sokal publicó un artículo en 1996 con el título más posmoderno: “Transgredir las fronteras: Hacia una hermenéutica transformativa de la gravitación cuántica,” un ensayo lleno de retórica posmoderna y de un gran número de citas de los principales autores posmodernos. Sobre esta publicación, confesó más tarde con orgullo, que todo era una patraña. Su invención atrajo gran atención por parte de los medios y, a consecuencia de esto, ha publicado un libro sobre el “abuso” del posmodernismo, titulado *Imposturas intelectuales*.⁹

.

Con certeza, el posmodernismo está de moda en ciertos ámbitos, ¿pero es una impostura? Algunas de las objeciones al posmodernismo cuentan con cierta credibilidad. Es difícil aproximarse al posmodernismo teniendo en cuenta su escritura filosófica especializada y sus argumentos teóricos complejos. Puede resultar contradictorio, lleno de paradojas, ironías y juegos de palabras – en ocasiones (como en el trabajo de Marshall McLuhan) hechos de forma intencionada con el objetivo de debilitar la verdadera lógica del lenguaje racionalista al que está criticando, en otras ocasiones simplemente surge desde la arrogancia académica pedante. Sus orígenes históricos y sus profesionales más famosos en apariencia podrían parecer políticamente de centro izquierda, pero existen raíces más profundas y más diversas en el posmodernismo que Kant, Nietzsche y Heidegger, que cubren un espectro ideológico más amplio. El filósofo Jürgen Habermas, comentarista autodenominado como posmoderno y antiposmoderno, ve, por ejemplo, tendencias “neo-conservadoras” o “jóvenes conservadoras” entre algunos posmodernos incluyendo a Derrida y Foucault.¹⁰

Muchas de las críticas al posmodernismo reflejan un problema fundamental de definición. La primera historia académica del posmodernismo, publicada en 1995, comienza con estas problemáticas palabras: “el posmodernismo es un término exasperante, y así lo son el término posmoderno, posmodernista, posmodernidad y cualquier otro término que pudiera obtenerse a través de la derivación. En la avalancha de artículos y libros que han hecho uso de este término desde finales de los 50, posmodernismo se ha aplicado en diferen-

tes niveles de abstracción conceptual a una amplia gama de objetos y fenómenos que solíamos llamar realidad. Por lo tanto, el Posmodernismo es varias cosas a la vez.”¹¹ Esto se ha convertido para los críticos en un auténtico festín, pero quizá en lugar de esto deberían intentar entender una forma de pensamiento dominante en toda su diversa complejidad. Un reciente trabajo contiene una serie de capítulos que tratan sobre el impacto del posmodernismo en la filosofía, teoría crítica y cultural, política, feminismo, estilos de vida, ciencia y tecnología, arquitectura, arte, cine, televisión, literatura y música¹², y a partir de otros estudios podríamos añadir su impacto en la historia, geografía, cartografía, fotografía, literatura, antropología, sociología, teoría organizativa, lingüística, museos y bibliotecas. “Posmodernismo”, por lo tanto, es una serie de posmodernismos, en los que no todos son mutuamente compatibles. Esto no debería suponer ninguna sorpresa: no puede haber un solo posmodernismo teniendo en cuenta que no existe una única definición de modernismo, victoriano o marxismo que unifique a todos sus seguidores, a todas sus disciplinas, medios, tiempo o lugar. Todas las etiquetas, por definición, se ven tergiversadas y algunos posmodernistas, de hecho, deberían llamarse con gran precisión modernistas tardíos, neo-marxistas, deconstruccionistas, neo-idealistas, pos-estructuralistas, feministas, pos-colonialistas, neo-románticos y muchas cosas más. Todas estas definiciones pueden ser tal vez ciertas y, sin embargo, todavía hay algo denominado posmodernismo que atrae la atención académica y popular. Aunque no podemos determinar su alcance y definición, no podemos negar su existencia. Sin embargo, al tratarse de muchas cosas a la vez, el posmodernismo sigue siendo fácil de ridiculizar y casi imposible de resumir – con certeza no en un artículo breve y general.

A pesar del esfuerzo intelectual que supone, los archiveros no deberían rechazar el posmodernismo por cuatro razones. En primer lugar, y debido a su impacto de gran alcance en muchos campos de la cultura popular, al menos en Norteamérica y en partes de Europa, el posmodernismo invade el espíritu de la época actual. Porque los archivos como documentos e instituciones, por no decir nada de los creadores de documentos, siempre han reflejado las características de su tiempo y lugar,¹⁴ el auto-conocimiento profesional, y otras cosas, exigen que los archiveros intenten entender este fenómeno contemporáneo. En segundo lugar, el posmodernismo es tan influyente en el ámbito universitario norteamericano que casi todas las recientes investigaciones académicas archivísticas que llegan a las instituciones archivísticas tienen, a partir de sus antecedentes universitarios en cualquier campo de las humanidades y de las ciencias sociales, y a partir también de algunos programas de postgrado de Archivística, este marco intelectual posmodernista que los archiveros deberían intentar comprender y considerar. En tercer lugar y como conclusión, según mi computo solo de publicaciones, unas dos docenas de archiveros de habla inglesa, están explorando

los retos que las ideas posmodernistas ofrecen a los archivos, y originalmente y de forma más prominente en Canadá.¹⁴ Mientras que no todo lo escrito por estas personas puede considerarse posmodernista, y tal vez no todos ellos aceptarían esta etiqueta, todos sus análisis se han comprometido en serio con algunos escritores posmodernistas y con la oportunidad que el posmodernismo ofrece a los archivos. Espero que los lectores no rechacen a estos colegas tachándolos de simples cautivos colectivos de las “imposturas intelectuales”. Para terminar, los mismos escritores posmodernistas están ahora comenzando a referirse a los archivos, directamente en sus escritos, como institución, actividad, documentos, medios documentados, memoria colectiva, fenómeno social. Cuando Jacques Derrida, posiblemente el filósofo vivo más famoso a nivel mundial, dedica un libro entero, su *Mal de archivo* (1996), a la verdadera razón de ser de la profesión archivística, algo significativo está sucediendo.¹⁵ Para replicar a Derrida historiadores, geógrafos, filósofos, sociólogos, antropólogos, psicólogos y teóricos culturales se encuentran actualmente sometiendo el mundo *archivístico* a una crítica detallada como nunca antes había experimentado.¹⁶ Su idea del archivo –que difiere bastante de la imagen tradicional que la profesión tiene– podría ejercer una gran influencia en la opinión pública, darle forma a las perspectivas de los nuevos archiveros que se acercan a nosotros y transformar las expectativas de patrocinadores e investigadores.

Normalmente la perspicacia variable del posmodernismo, y esta crítica intensa del archivo externa e interna, debería retar y motivar a los archiveros, a veces enfadarles y aburrirles pero siempre estimularles y respaldarles. Lo que no debería hacer es encerrar a los archiveros bajo un caparazón de negación o rechazo. El posmodernismo supone una apertura, no un cierre, una oportunidad de dar la bienvenida a un debate más amplio sobre lo que hacen los archiveros y por qué, en lugar de permanecer a la defensiva dentro del claustro archivístico. Debería verse acogido por una profesión que durante años se quejó de no ser comprendida. Para ser mejor comprendidos, y por ende valorados, los archiveros necesitan aportar sus únicas (e importantes) perspectivas para influir en el lenguaje común –o “discurso”– de su época. En este sentido, el posmodernismo, especialmente en su forma deconstructiva, permite la liberación de muchas energías borrando aquello que les había estado oprimiendo, aquello que los archiveros han tenido por costumbre o por orden profesional. El posmodernismo en este sentido puede ser muy liberador y constructivo (con ambos significados: positivo y constructivo). La deconstrucción no trata de cómo destruir mediante críticas interminables, sino de construir, sobre ver de nuevo e imaginar lo que es posible cuando se eliminan tópicos e ideologías. Es una forma de investigar, leer, analizar que genera una energía dirigida a esa apertura necesaria para el cambio e innovación genuina. Es un modo de pensar que dentro de las instituciones formales como archivos o departamentos universitarios (Derrida no va contra

las estructuras *per se*), “siempre debe ser abierto, poroso, experimental, no programable, vigilante, auto-crítico, que se corrija, expuesto a otros modos de pensar e imaginativo.”¹⁷ No constituye una política y una práctica *per se*, pero aporta de inspiración poética para conceptualizarlas de nuevo.¹⁸

.

A pesar de la dificultad de definir el posmodernismo, existe una definición de tres palabras ofrecida por uno de sus pensadores pioneros. En “Simplifying to the extreme” Jean-François Lyotard escribe: “defino posmoderno como *incredulidad hacia las metanarrativas*.”¹⁹ Existen unas causas negativas y unas positivas de esta incredulidad, y en consecuencia, de las condiciones de posmodernidad y del posmodernismo en sí mismo.²⁰

De forma negativa, la exposición a una propaganda masiva de las Guerras Mundiales, de la maquinaria nazi, Guerra Fría y Vietnam generó una desconfianza en las extensas narrativas del estado centradas en el patriotismo, y generó una desconfianza especial en sus defensores clave: políticos, periodistas y profesionales de los medios. Sus hábitos con demasiada frecuencia corruptos, reforzaron esta desconfianza cuando comenzaron a hacerse públicos. Los grandes capitalistas y los relacionados con la Madison Avenue perdieron de forma similar ese incontestado lustre de liderazgo digno de confianza por los ataques de los izquierdistas, Tercer Mundo y ecologistas, en un proceso que hoy en día continúa con las manifestaciones anti-globalización. La bancarrota moral y la posterior caída de varios imperios coloniales occidentales, así como el desplome del marxismo soviético, debilitaron también la fe en los anteriormente incuestionados valores que habían dado vida a estas empresas y a sus defensores. Y la continua exposición feminista, a partir de 1960 en adelante, de los trabajos más íntimos del patriarcado, demostró que una gran parte de la metanarrativa de la cultura occidental centrada en la dominación masculina era simplemente una construcción artificial para reforzar el poder masculino. (De hecho existe un continuo debate acerca de si el feminismo dio lugar al posmodernismo o viceversa, que no podemos explorar aquí.) Otra narrativa occidental importante, centrada en el Cristianismo, sufrió de forma similar las consecuencias de su pasado y a veces del continuo apoyo a estas narrativas de guerra, capitalismo, imperialismo y patriarcado. El desencanto hacia la ciencia moderna desde Hiroshima en adelante ha tenido resultados similares, debilitando la fe en la ciencia y su *mantra* central de objetividad, neutralidad y racionalismo. En resumen, Lyotard nos está diciendo que los valores defendidos por la sociedad, los grandes mitos de la civilización occidental, las metanarrativas que han mantenido su dominio durante décadas o siglos ya no tienen credibilidad. ¿Cómo se ha podido engañar a la sociedad durante tanto tiempo? Los posmodernistas intentan, al menos en parte, contestar esa pregunta.

Desde un punto de vista más positivo, en lo que se refiere a la explicación de la creciente incredulidad hacia las metanarrativas, tema que se encuentra en el meollo del posmodernismo, la globalización de los medios y del comercio, las redes mundiales de comunicación computerizadas y satélites de telecomunicación, la explosión de la información resultante en un mundo laboral y ocioso conectado las 24 horas al día, 7 días a la semana y una fragmentación de la información concomitante en millones de canales, miles de mercados altamente especializados y millones de páginas web – todas estas cosas suponen un reto para las posibilidades de la metanarrativa. Debido a este desarrollo revolucionario, existe una conciencia creciente de otras voces, otras historias, otras narrativas, otras realidades diferentes a las que tradicionalmente han llenado las escuelas, libros de historia, museos, monumentos públicos, medios populares y archivos. Usando el ejemplo norteamericano, la voz masculina, anglosajona, blanca y dominante fue en primer lugar desafiada por voces étnicas y multiculturales y por los pacifistas de los 60, después por las voces de las feministas desde principios de los 70 en adelante, y posteriormente y de forma sucesiva por ecologistas, gays y lesbianas y por los intelectuales de las primeras potencias y de forma creciente del Tercer Mundo. Como resultado de todo esto, la sociedad está siendo cada vez más consciente de lo que el posmodernismo denomina “Los Otros” – aquellos que van más allá de ellos mismos, aquellos cuya raza, clase, género u orientación sexual puede que sea diferente de lo propio, aquellos que en una comunidad globalizada no pueden seguir siendo ignorados a la hora de construir su propia identidad y componer sus propias narrativas. Y después de un siglo de Nietzsche, Freud, Picasso, Jung y McLuhan la sociedad sabe que el mensaje lineal y racional de las principales metanarrativas (sea cual sea su contenido real) ofrece únicamente y a lo sumo una visión truncada de la naturaleza humana, de forma individual y colectiva. La pasión, la imaginación, la sexualidad, la percepción artística, la intuición de la parte derecha del cerebro –lo irracional y lo subjetivo– todas estas cosas integran el alma humana y, sin embargo, todavía se encuentran relativamente ausentes del racionalismo científico, de la parte izquierda del cerebro que da vida a las metanarrativas basadas en la Ilustración. Alguien podría apuntar que también se encuentran relativamente ausentes de los archivos, o al menos de las principales corrientes archivísticas. El posmodernismo trata de corregir este desequilibrio, reconociendo el *yin* y el *yang* del espíritu humano, la parte derecha y la parte izquierda del cerebro aunque ello podría suponer una aparente paradoja, el posmodernismo también emplea mucha energía en desequilibrar, deconstruir, desenmascarar, enmascarar las metanarrativas que actualmente impiden esa reconciliación equilibrada.

El posmodernismo busca, en pocas palabras, desnaturalizar lo que la sociedad de forma incuestionable asume como natural, lo que se ha aceptado durante generaciones, quizá siglos como normal, natural, racional, probado –simplemente la forma en que son las cosas. El posmodernismo toma este fenómeno

“natural” –tanto si se trata de patriarcado, capitalismo, del canon de las principales literaturas occidentales o del trabajo archivístico– y declara que están “construidos” social y culturalmente y por lo tanto necesitan de su deconstrucción y reformulación para reflejar mejor la diversidad de la época presente.²¹

John Ralston Saul exponía recientemente que el estado mental posmodernista (que él considera particularmente como canadiense no sólo en *ethos*, sino también en ideología) celebra la ambigüedad, tolerancia, diversidad y las identidades múltiples;²² lo logra en gran parte destrozando las metanarrativas – y los conceptos, lenguaje, historia y archivos sobre los cuales se basan. De hecho, este autor ha argumentado enérgicamente en contra de la ideología – la forma más absoluta de metanarrativa:

Sufrimos una debilidad adictiva por las grandes ilusiones. Una debilidad por la ideología. El poder en nuestra civilización está unido de forma recurrente a la búsqueda de las verdades y utopías totales... La inquebrantable convicción de que estamos en el camino de la verdad –y por lo tanto la solución a nuestros problemas– nos impide identificar esta obsesión como una ideología... [y nos induce] a una pasividad ante lo inevitable –ante lo que se nos ha dicho que es inevitable –una reacción estándar a la ideología. Y la pasividad es uno de los efectos más deprimentes de la ideología. El ciudadano queda reducido a un estado de sujeto o incluso de siervo. Existe una cierta dignidad aterradora a las grandes ideologías. Con el impacto de un debate intelectual, el planeta es colocado en su sitio. Aterrador. Sólo los individuos más valientes o locos no se transformarían en seres pasivos ante tales destinos imponentes... Vivir dentro de una ideología [o metanarrativa], con expectativas utópicas es como vivir en ningún sitio, es como vivir en el limbo. Como vivir en ningún lugar. Como vivir en un vacío donde la ilusión de realidad normalmente se crea a partir de construcciones racionales muy sofisticadas... Es la ideología la que insiste en este positivismo incesante. Por esta causa se opone al criticismo y fomenta la pasividad. Diré que enfrentarse a la realidad –sin importarnos lo negativo y deprimente del proceso– es el primer paso para aceptarla... ejerciendo mis derechos como ciudadano –mi derecho socrático– a criticar, rechazar la conformidad, pasividad, inevitabilidad.²³

La “realidad enfrentada” de Saul trata de deconstruir las metanarrativas, abriendo la posibilidad de que la gente se vea a sí misma, a su sociedad y a su profesión desde una nueva perspectiva, libre del peso muerto de la sabiduría aceptada y sin la carga de la conformidad pasiva con la ideología tradicional.

El posmodernismo, por lo tanto, estimula a través del análisis deconstructivo crítico tanto la fragmentación del viejo marco modernista como la ambigüedad, la apertura y las múltiples formas de ver lo esencial en un mundo

nuevo globalizado. ¿Qué es el posmodernismo entonces desde la perspectiva archivística? Invocando la negación de Lyotard y con el riesgo de una simplificación extrema, calificaría el posmodernismo archivístico como centrado en el contexto con respecto al contenido; en las relaciones de poder que dan forma al patrimonio documental; y en la estructura del documento, residentes y subsiguientes sistemas de información, y sus convenciones de procesos y narrativas como si fueran más importantes que su contenido informativo. Yendo todavía más allá, en los textos no se pueden separar los hechos reales de sus interpretaciones pasadas o de las que están actualmente en curso, ni se puede separar el creador del acto de autoría, ni la autoría de los contextos sociales más extensos en los que tiene lugar. En los documentos todo se concibe, presenta, representa, re-presenta, simboliza, expresa, construye por el escritor, programador informático, fotógrafo, cartógrafo... con un propósito establecido. Ningún texto es la consecuencia inocente de una acción personal o administrativa, sino más bien se trata de un producto construido – aunque puede que dicha construcción consciente se vea tan transformada en patrones inconscientes de comportamiento social, convenciones de lenguaje, procesos de organización, imperativos tecnológicos y plantillas de información en los que a relaciones con su naturaleza construida hayan quedado bastante ocultos. El archivero posmodernista saca a la luz estas realidades contextuales más profundas.

Los documentos, tanto individual como colectivamente, son una forma de narración, afirman los posmodernistas, que van más allá de una simple prueba de actos y hechos. Los documentos están concebidos para reforzar la consistencia narrativa, la armonía conceptual para el autor, fomentando de esta forma la posición, el ego y el poder y acatando al mismo tiempo las normas de organización aceptadas, los modelos de discursos retóricos y las expectativas sociales. Los posmodernistas creen también que en una serie o colección de documentos no existe una única narrativa, sino muchas narrativas, muchas historias que tienen muchos propósitos y que van dirigidas a muchos públicos a lo largo del tiempo y del espacio. Por lo tanto, los documentos son dinámicos, no estáticos.²⁴ Y el archivero es, al igual que el creador o el investigador, uno de los narradores.

Algunas de estas generalizaciones sobre el posmodernismo se ven respaldadas por una creciente literatura sobre la historia de los archivos. Los estudios actuales revelan que los archivos no siempre fueron recopilados –y con posterioridad seleccionados, reconstruidos e incluso destruidos– con el fin de preservar la mejor prueba jurídica de las actuaciones de gestión o legales, sino para servir a propósitos sagrados, históricos y simbólicos, pero sólo para esas figuras o acontecimientos considerados dignos de ser celebrados o rememorados dentro del contexto de su tiempo y lugar.²⁵ Dada la relación simbiótica entre feminismo y posmodernismo, el ejemplo de cómo los archivos han respondido a la hora de documentar el papel de la mujer en la sociedad es muy instructivo. La investigadora feminista Gerda Lerner ha

demostrado que el poder patriarcal está detrás de la creación de los primeros documentos y los primeros archivos del mundo antiguo. La tarea archivística entonces no tenía inquietudes y era intencionadamente patriarcal: las mujeres fueron deslegitimadas por los procesos archivísticos y de gestión de documentos y como consecuencia permanecieron ausentes de la formación de la memoria social, proceso que continuó hasta nuestro siglo.²⁶ Como no es de extrañar, los archiveros han compartido la misma orientación que sus archivos. Bonnie Smith ha sugerido que la aparición de la historia “profesional” en el siglo XIX (lo que coincidió exactamente con la profesionalización de los archiveros – que también se formaron como los dichos historiadores) asfixió la narración de historias, lo fantasmagórico y físico, lo espiritual y lo femenino (y por supuesto a todas las mujeres “amateur”) que se encontraban presentes de forma significativa en las tempranas articulaciones de la historia, a favor de los hombres (exclusivamente) reivindicando una nueva historia “profesional” y “científica” dentro del espacio de investigación archivístico y del competitivo ambiente universitario. Los mencionados historiadores (y archiveros) ignoraron en su trabajo la vida diaria y familiar de la gente, granjas, fábricas, y comunidades a favor de la política, instituciones, diplomacia, y guerra. También alabaron sus métodos “científicos” al basarlos en hechos, neutrales, desapasionados – como los únicos medios para recuperar la verdad sobre el pasado.²⁷ Desde el punto de vista histórico, por lo tanto, no hay nada de “natural” en este proceso de recuerdo y olvido, ni en sus participantes profesionales o ni en los resultados que estos nos aportaron.

En resumen, el archivo hoy en día se considera de forma creciente como el lugar donde la memoria social ha sido (y es) construida – normalmente para respaldar, de forma consciente o inconsciente, a las metanarrativas de los poderosos y especialmente del Estado. Los principios archivísticos, como el *principio de procedencia*, se presentan asimismo como históricamente supeditados, ni universales ni absolutos.²⁸ El documento se percibe actualmente como el simple rastro de unos universos perdidos, como una especie de espejo engañoso que distorsiona los hechos y las realidades pasadas y que refleja las intenciones narrativas de su autor y la receptividad de su público contemporáneo más que el contenido informativo real. El documento, por lo tanto, se convierte en un significado cultural, una construcción mediatizada y cambiante, y no en una plantilla vacía donde verter los actos y los hechos. Esto no quiere decir que no haya nada que sea verdad, o que todo esté a la deriva en un mar de relativismo sin sentido. Esto es fundamentalmente una mala interpretación del posmodernismo. Quiere decir que el significado es *relativo* respecto al contexto de creación del documento, que tras el texto existen otros muchos textos que se ocultan, y que la mediación del archivero al establecer estándares, llevar a cabo valoraciones, identificar adquisiciones, imponer mandatos de organización, crear descripciones lógicas y fomentar ciertos tipos de conservación, uso y programación pública es importante desde el punto de vista crítico a la hora de dar forma a este significado.





La determinación del significado por parte del archivero ha sido a lo sumo observada con opacidad dentro y fuera de la profesión archivística, mientras que el archivero sigue siendo una especie de ente indiscernible que pasa desapercibido, envuelto en la niebla, un fantasma invisible como en la metáfora de Tom Nesmith.²⁹ Por contra el posmodernismo requiere una nueva apertura, una nueva visibilidad, una buena voluntad para preguntar y ser preguntado, para contar algo y para que se le pidan cuentas. El posmodernismo exige que los archiveros acepten, e incluso celebren su propia historicidad, su propio papel en el proceso histórico de crear archivos y sus propias tendencias. Al contrario que lo que señalan los ataques anti-posmodernistas de los historiadores tradicionales anteriormente citados, ataques que con un par de cambios de palabras podrían fácilmente corresponder a teóricos de la Archivística ridiculizando el pensamiento posmodernista, ningún actor, observador o escritor –historiador o archivero– nunca es neutral o se muestra desinteresado por cualquier proceso documental, ni ninguno de los “textos” que ellos consultan (incluyendo archivos documentales) o protege (i.e., valoran, se apodera de, describe) es una ventana transparente hacia alguna realidad pasada. Todas las afirmaciones pasadas aparecen (tanto de forma subconsciente como inconsciente) dentro de un contexto de metanarrativas sociales contemporáneas donde todo es filtrado, transmitido o influenciado por consideraciones de lenguaje, psicología personal y poder. Siendo esto así como se refleja en la Conferencia Anual de la ACA en 2001 dedicada al tema “La Odissea archivística”, el recorrido posmodernista³⁰ para el archivero no es un círculo que da vueltas y vueltas dentro de las comodidades del claustro archivístico, reforzando viejas certezas, sino que es un recorrido indefinido, que escucha las nuevas posibilidades y que documenta nuevas voces, aprovechando las nuevas energías liberadas viendo la ceguera del pasado como la carga que es.

.

Afirmaciones magníficas podría pensar el lector, pero ¿qué suponen cualquiera de ellas en la práctica del archivero? Quizá, a primera vista, el posmodernismo y la actividad archivística tradicional parecen bastante compatibles. Entonces ¿por qué la sugerencia de un renacimiento profesional? Después de todo, la preocupación posmoderna por los “contextos construidos” en la creación de documentos³¹ recuerda la atención archivística centrada durante mucho tiempo en la contextualidad, en situar las interrelaciones de procedencia entre el creador y el documento, en determinar y explicar a los usuarios el contexto que se encuentra tras el texto. De hecho la preocupación de los archiveros por las relaciones y el relativismo de los posmodernistas compartieron la misma búsqueda de relación, de contingencia, de contextualización.

Sin embargo, más allá de este nivel de comodidad inicial, el posmodernismo debería incomodar a los archiveros con relación a muchas de sus fórmulas-

tradicionales. Los interrogantes posmodernistas, por alusiones anteriores y ahora de forma directa en los escritos más recientes, se asemejan a ciertas metanarrativas importantes de la propia profesión archivística. El posmodernismo, por lo tanto, fomenta un cambio, alejándonos de considerar los documentos como objetos estáticos y nos lleva hacia la comprensión de los mismos como conceptos dinámicos e incluso virtuales; un cambio que nos aleja de considerar los documentos como productos pasivos de la actividad humana o administrativa y nos encamina hacia la consideración de los documentos como agentes activos y siempre en evolución en la formación de la memoria organizacional y humana; y un cambio que nos aparta, de la misma manera, de considerar el contexto de la creación de documentos como elementos basados en estables organizaciones jerárquicas para situar los documentos dentro de fluidas redes de trabajo y funcionalidad personal. Para los propios archiveros el cambio posmoderno exige alejarse de auto-identificarse como guardianes pasivos de un legado heredado y celebrar su papel a la hora de dar activamente forma a la memoria social. Dicho de otra manera, el discurso archivístico moderno supondría un cambio de producto a proceso, de estructura a función, de archivos a actividad archivística, de documentos a contextos documentales, de residuos “naturales” o subproductos pasivos de la actividad administrativa a una “archivalización” transmitida de forma activa.³² Dichos cambios nos señalan una realidad más profunda que concuerda con el pensamiento posmodernista: los mismos conceptos archivísticos no son verdades universales a defender en todas las épocas y lugares como si se trataran de una metanarrativa sagrada, sino que están continuamente evolucionando, mutando, a medida que se reflejan cambios en la naturaleza de los documentos, en las organizaciones creadoras de los documentos, en los sistemas de gestión de archivos, en el uso de los documentos y en las grandes tendencias legales, tecnológicas, sociales y filosóficas de la sociedad. Las ideas archivísticas que se forman en un lugar o momento reflejan muchos de estos factores externos, cuyas ideas, a menudo, son reconstruidas e incluso redescubiertas en otro lugar o momento o incluso re-concebidas a lo largo de las generaciones de un mismo lugar.³³

A la luz de todos estos cambios, qué supone el posmodernismo en la práctica de estos archiveros decididos a trabajar de una manera más expansiva, inclusiva, acogedora en cada actividad archivística. A propósito de la ilustración y respetando al mismo tiempo las limitaciones de espacio, déjenme sugerir brevemente tres de las muchas áreas para la práctica archivística posmoderna: valoración, descripción y responsabilidad archivística. Antes de llevarlo a cabo, sin embargo, necesitamos ser cautelosos. La deconstrucción, como una importante corriente de pensamiento posmodernista, “no aspira a la *praxis* o práctica teórica, sino que vive en la crisis o malestar continuo hacia el momento de *techné* u oficio. ...Por lo tanto, actuar no supone ignorar la deconstrucción, sino transgredirla activamente y sin cesar.”³⁴ Esta afirmación no es necesariamente lo contradictoria

que aparenta en un principio. Por supuesto que los archiveros deben actuar en lugar de vivir en un constante interrogatorio, pero cuando actúen tampoco deben dejar nunca de preguntar. Puede que los archiveros transgredan la deconstrucción (i.e. yendo más allá de sus límites) cuando deciden actuar de diferentes formas basadas en esas preguntas iniciales pero dicha acción sólo debería generar más preguntas en un renacimiento constante de su profesión. Los archiveros deberían sentir mayor malestar en el “momento” en el que tratan de encerrar sus ideas y prácticas, basándose en las respuestas temporales a sus preguntas, siguiendo directrices, estándares y directivas. Mientras sigan insistiendo, como defiende Saul, en el interrogatorio continuo a la hora de abrir un archivo realmente estarán traicionando más que transgrediendo la deconstrucción.

Centrándonos en la valoración como el primer ejemplo de la práctica archivística posmoderna, los archiveros posmodernos dispuestos a valorar se preguntarían quién y qué están excluyendo de la memorización archivística y por qué y después construirían criterios, metodología y estrategias de valoración para corregir esta situación. La atribución de un “valor” de selección a los documentos debería basarse en la narrativa contextual que se encuentra en el proceso de creación de los documentos más que en los usos anticipados del contenido material de los documentos. La valoración debería atender cuidadosamente a las voces marginadas e incluso silenciadas como ahora hace con las voces poderosas que encontramos en los archivos de las instituciones oficiales. Esto incluso podría llevarse a cabo al valorar los documentos de entidades poderosas como el Estado (en sus diferentes niveles de gobierno) o las corporaciones empresariales.

El modelo macrovalorativo desarrollado inicialmente para valorar los documentos del gobierno de Canadá, por ejemplo, encuentra la aprobación del “valor” de selección que determina qué guardar y qué destruir no según los dictados del Estado, como se ha realizado de forma tradicional, ni siguiendo las últimas tendencias de la investigación científica como se ha efectuado más recientemente, sino intentando reflejar los valores de la sociedad a través de un análisis funcional de la interacción del ciudadano con el Estado. Pero la macrovaloración trata de algo más que del análisis funcional, que es lo que algunos observadores externos han percibido en el modelo canadiense. La macrovaloración se centra en la gobernación más que en las estructuras y funciones del gobierno *per se*. La gobernación enfatiza el diálogo y la interacción de ciudadanos y grupos con el Estado tanto como las propias políticas y procedimientos del Estado; se centra también en la documentación del impacto del Estado en la sociedad, y las funciones de la propia sociedad; engloba todos los medios en lugar de favorecer el texto escrito; busca múltiples narrativas y puntos claves en el reñido discurso entre ciudadano y Estado en lugar de aceptar la política oficial; y busca de forma deliberada dar voz a los marginados, a los “Otros”, tanto a los perdedores como a los ganadores, tanto a los desaventajados

y desfavorecidos como a los poderosos y lo ejecuta mediante nuevas formas de mirar los expedientes y documentos electrónicos eligiendo después el documento más conciso como el mejor medio para documentar estas voces diversas. La valoración posmodernista, en resumen, trata de documentar de forma consciente la funcionalidad del gobierno y sus programas individuales que son en sí mismos la creación de los ciudadanos en una democracia y también documentar el nivel de interacción de los ciudadanos con el funcionamiento del Estado: cómo éstos aceptan, rechazan, protestan, apelan, cambian, modifican y, por otro lado, influyen en estos programas funcionales del Estado que, por su parte están influidos por estos ciudadanos. Por supuesto que las decisiones valorativas del sector privado completarían esta macrovaloración del sector público dentro del marco integrado de un “archivo total”.³⁵

La macrovaloración no es un ejercicio de corrección política o un vestigio de la política izquierdista que a veces se atribuye al posmodernismo. Puede que para determinadas funciones los “marginados” en el análisis macrovalorativo sean las corporaciones derechistas más que los sindicatos izquierdistas, promotores más que ecologistas, el centro más que las regiones, hombres más que mujeres, racistas más que antirracistas. El objetivo es investigar de forma exhaustiva las voces desaparecidas para las actividades funcionales organizacionales o humanas sujetas a estudio durante el proceso valorativo, para que entonces los archivos puedan obtener en sus incorporaciones múltiples voces y no por defecto sólo las voces de los poderosos. Aquí se recomienda cautela. Es importante, como señala Verne Harris, no idealizar a los marginados o entusiasmarse por salvarlos del olvido histórico: algunos no desean ser “rescatados” por la corriente archivística dominante y algunos pueden sentir que su consideración marginal por parte de los archiveros sólo consigue marginarlos más.³⁶ Estos dilemas morales podrían provocar problemas, aunque no paralizar a los archiveros: éstos sólo pueden dar la bienvenida y respetar a los “Otros” e intentar contar a través de las valoraciones una historia lo más completa posible “utilizando los sistemas archivísticos y los centros de creación de documentos como los materiales básicos brutos.” Por supuesto, a pesar de la cuidadosa investigación de los valores y del “vigoroso ejercicio de razón” los evaluadores archivísticos posmodernos saben “que hay otras narraciones, otras historias por las que podrían haber optado. Y su historia... no tiene fin. Como la historia ha sido archivada, tenemos el archivo. Y no se puede cerrar un archivo. En palabras de Jacques Derrida, ‘abre el futuro’.³⁷ Si hay beneficios en la vía canadiense de la diversidad, ambigüedad, tolerancia, e identidades múltiples que sustentan el estado posmodernista de John Ralston Saul, entonces puede que de forma paralela el recuerdo archivístico canadiense a partir de la macrovaloración hable con fuerza a los archiveros de este nuevo siglo. Aquellos que desean construir una memoria archivística basada en la celebración de la diferencia frente al monolito de la na-

rrativa múltiple frente a la dominante, de lo personal y local frente a lo colectivo y oficial, tienen la posibilidad de encontrar en las macrovaloraciones algunas perspectivas y herramientas prácticas para su tarea.

Tomando la descripción archivística como segundo ejemplo de la aplicación práctica del posmodernismo, los archiveros se preguntarían qué se nos presenta en estos instrumentos de descripción como monolítico, y qué se suprime y por qué, y cómo actuar para corregir esta situación. Los archiveros deberían comprometerse de forma abierta con sus clientes y respetar sus necesidades, en lugar de obligarlos a aceptar las metanarrativas profesionales sobre cómo se deberían describir los documentos. La arquitectura archivística basada en fondos debería explotar los escenarios de los complejos institucionales de los creadores de documentos, cambiando su obsesión estática, jerárquica y relativamente plana por el creador final por una conexión contextual de muchos con muchos, multi-relacional mucho más rica. Como los archiveros comprenden bien las complejas organizaciones de los documentos modernos y las culturas organizativas (y personales) que los producen, los sistemas descriptivos posmodernos deberían alejarse del legado monolítico de la pasada teoría archivística, de “la aproximación anticuada de “una-cosa-una-entrada” si tratan de “satisfacer las necesidades de los investigadores a la hora de entender el contexto histórico de los documentos, las actividades que los generan y la información que contienen.”³⁸ Gracias a la perspicacia posmodernista, puede que estos conceptos y estas actividades sean más complejos de lo que los archiveros como profesionales hayan generalmente admitido. Los archiveros necesitan de verdad una deconstrucción de los contextos que están intentado describir, recordando que “está en la naturaleza de la deconstrucción, no sólo ver el contexto más amplio (aquellas huellas, rastros, que se despliegan hasta el pasado en una regresión infinita) sino también la fluidez, la flexibilidad, la naturaleza últimamente incontrolable del contexto.”³⁹ Y los archiveros posmodernos deberían relacionarse muy estrechamente con los expedientes de valoración que justifican por qué estos documentos son los primeros que estamos describiendo y aclarar su naturaleza fragmentaria como vestigios de un universo documental más grande.⁴⁰

Esta fluidez de las relaciones descriptivas y la transparencia de los procesos archivísticos no ha sido un distintivo de cómo se han ejecutado los estándares descriptivos en Canadá, con raras excepciones, hasta hace muy poco.⁴¹ Todo esto no fue por falta de seguidores en Norteamérica de las descripciones más informativas.⁴² La teoría y la práctica archivística australiana ofrecían desde hacía décadas un contexto rico, con una arquitectura descriptiva de relaciones múltiples, donde los múltiples creadores, antes y después y paralelamente al “establecido” en los fondos, reciben el mismo reconocimiento, como también se reconocen las múltiples funciones de estas estructuras creadoras variables, y todas éstas pasan a ser elementos descriptivos y de forma más importante, puntos de

recuperación para los investigadores.⁴³ Mientras que los australianos podrían protestar porque la procedencia exploradora en sus muchos contextos estructuro-funcionales se entiende bien por sí solo y no tiene nada que ver con el posmodernismo, los resultados reflejan mucho de ese énfasis del espíritu posmodernista sobre las múltiples maneras de ver y de su visión del archivo como algo dinámico, virtual y en evolución constante. El sistema australiano es fundamentalmente una descripción de los procesos de creación y organización de documentos más que una descripción del producto documental. La descripción posmodernista reflejaría, de forma similar, todos los matices de las nuevas prácticas macrovalorativas estructuro-funcionales ya mencionadas, poniendo de relieve, mediante descripciones, la naturaleza compleja de la gobernación y la marginalidad que se encuentra (o no) en los documentos que se están describiendo actualmente.

La descripción posmodernista reflejaría, en resumen, una investigación contextual respaldada por el archivero sobre la historia de los documentos y su(s) creador(es), y produciría descripciones siempre cambiantes a la par que la misma historia de la creación y custodia de los documentos nunca finaliza (como sucede en el momento de la catalogación o de redacción de puntos de acceso). La descripción se reinventa continuamente, se reconstruye, renace.⁴⁴ La descripción posmodernista enfocada en la historia de los documentos reflejaría muchos más matices de contexto, que a su vez aportaría una riqueza informativa de contenido sin necesidad de extensos índices. Y dichas posibilidades de la práctica descriptiva posmoderna también podrían conseguir que algunos meditaran sobre la historicidad del archivero: cuando esas ricas opciones descriptivas sobre el contexto estuvieran disponibles, ¿por qué la profesión archivística de Canadá las rechazó a favor de un acercamiento a la descripción basado en la catalogación bibliotecaria? ¿Qué dice todo esto acerca de la propia metanarrativa de la profesión archivística de ese lugar y en ese momento?

Esto nos conduce directamente a mi tercer ejemplo de práctica archivística posmoderna, y quizá la más importante lección práctica: los archiveros como profesión deberían ser mucho más auto-reflexivos y transparentes sobre lo que hacen. Como ejemplo concreto sugiero que, para los documentos institucionales y gubernamentales, los archiveros deberían considerar la inclusión de puntos de acceso “negativos” en las descripciones de series y fondos, mostrando así a los investigadores todas las series, de todos los medios, desde todas las perspectivas de los archivos de los que *no* obtuvieron un creador particular además de las que sí obtuvieron. Para los archivos del sector privado o colecciones, la pregunta se extiende a por qué algunos archivos fueron elegidos y otros no; los archiveros deberían crear listas con todos los posibles individuos, grupos y asociados que entran dentro de los mandatos adquisitivos de su institución y que se podría comparar con la lista mucho más pequeña de aquellos fondos valorados como archivísticos y que realmente fueron adquiridos. Los archiveros deberían entonces

explicar por escrito tanto a los creadores de documentos personales como a los de documentos institucionales por qué se ha hecho esa selección, usando qué criterio valorativo, explicando en qué conceptos de valor y significado se basan, qué metodologías se emplean y qué valores personales se reflejan. “Si el posmodernismo dirige la atención a los marginados, ¿qué podría haber más marginado en un archivo que los propios archivos descartados que los archiveros han autorizado destruir o que han decidido al final no adquirir?”

Para aclarar esta decisión a los investigadores, los archiveros deberían enlazar todas las descripciones con los originales estudios de macrovaloración (actualmente más concienzudos y globales), reconociendo que algunas antiguas series sin cerrar podrían ser adquiridas de nuevo a lo largo de las décadas siguientes adoptando diferentes criterios de valoración aplicados por archiveros distintos. Creo que los propios archiveros valoradores deberían documentarse formalmente y establecer una conexión entre dichos estudios valorativos y las entradas descriptivas, acompañándolos de un completo currículum vitae situado en carpetas de fácil acceso y completado con detalles autobiográficos de los valores que estos han empleado en la valoración y que han reflejado en la descripción. Todas estas nuevas transparencias repercutirían en o enlazarían con las herramientas descriptivas formales que el archivero posmoderno ha puesto al alcance de su diverso público. La profesión predica a todo el que quiera oír los méritos de la responsabilidad mediante unos buenos documentos; ¿cuánta responsabilidad están dispuestos a asumir los archiveros desarrollando una buena documentación sobre lo que hacen y haciéndola fácilmente disponible?

¡Ay! Esta transparencia a la hora de llevar a cabo los procesos y esta flexibilidad de arquitecturas descriptivas no han sido la norma archivística. Los investigadores sólo ven un universo predefinido y monolítico – predefinido especialmente por el archivero. Lo que ven es lo que obtienen. A la hora de dar a los investigadores sus resultados no ven lo que vieron los archiveros *antes* de tomar decisiones valorativas y no comprenden las suposiciones que subyacen en la forma en que los archiveros han descrito lo que ahora se está viendo en dichas herramientas descriptivas que son las que ofrecen los resultados de dichas valoraciones y sus disposiciones subyacentes. En las pocas ocasiones en las que se levanta ligeramente la tapa de la olla archivística en ebullición, como en la valoración de los archivos de los casos del FBI en los Estados Unidos, la valoración de los crímenes de guerra nazis y la destrucción de documentos en Canadá, o la actual revaloración de todos sus fondos por los Archivos Nacionales de Australia, se ve con claridad que incluso la parte instruida del público y de los medios tienen muy poca idea de qué hacen los archiveros. Y de lo que se enteran en estos casos, obviamente no les gusta.

El archivero posmoderno busca cambiar esto. Él/ella aceptaría, celebrar, que “el archivo para la deconstrucción no es un retiro silencioso para profesionales, eruditos y artesanos. Es un crisol de la experiencia humana. Un campo de

batalla para el significado y la importancia. Una torre de Babel de historias. Un lugar y un espacio para las estrategias complejas y en constante cambio. Aquí no te puedes lavar las manos. Aquí las nociones de profesión, estudio y oficio deben ser re-imaginadas.”⁴⁵ Aquí por lo tanto hay un renacimiento profesional.

Tom Nesmith sugirió hace tiempo que los documentos, de forma individual y colectiva, tienen una historia antes y después de cruzar el umbral del archivo.⁴⁶ Una parte significativa de esta historia refleja la intervención del archivero y después los procesos, conceptos y suposiciones profesionales – la propia metanarrativa de la profesión. Esta historia del documento es un proceso dinámico, sin fin, en el que los archivos (y los documentos) están continuamente naciendo, re-imaginándose, reinventándose, lo que incluso ocurre con los documentos que llevan mucho tiempo en los archivos. Bob Dylan cantaba una vez que “*He not busy being born/Is busy dying*” (él no está ocupado naciendo, está ocupado muriendo)⁴⁷ y así ocurre tanto para los archivos como para los documentos y el archivero posmoderno. Si los archiveros acogen al posmodernismo para revitalizar su práctica se podrá lograr un renacimiento profesional.

Notas

¹ Sobre la generalizada reticencia de los archiveros a evaluar de forma crítica el impacto de las ideas posmodernas en la práctica y conceptos profesionales, véase Brien Brothman, “Declining Derrida: Integrity, Tensegrity, and the Preservation of Archives from Deconstruction,” *Archivaria* 48 (Fall 1999) pp. 64-88. Un revisor anónimo de este manuscrito sugirió en este sentido que la aversión de la profesión es una reminiscencia de los años perdidos en intentar frustradamente captar el impacto de los documentos electrónicos en los archivos. Los documentos electrónicos lo invaden todo pero, sin embargo, muy pocos archivos (si hay alguno) han logrado desarrollar programas para tratarlos que hayan pasado de la fase experimental. Pero ya es demasiado tarde, y en esto se han perdido muchos documentos archivísticos. El posmodernismo, de forma similar, lo invade todo como se sugerirá más adelante en este ensayo. El paralelismo es instructivo y preocupante.

² Véase G.R. Elton, *Return to Essentials: Some Reflections on the Present State of Historical Study* (Cambridge, 1991), 12-13, 28, 36-37, y *passim*. Para una reacción similar, véase Keith Windschuttle, *The Killing of History: How a Discipline is Being Murdered by Literary Critics and Social Theorists* (Paddington NSW, 1996). Para una afirmación más moderada tenemos a Richard J. Evans, *In Defense of History* (Londres y Nueva York, segunda edición americana, 1999).

³ Véase Hans Bertens, *The Idea of the Postmodern: A History* (Londres y Nueva York, 1995), 97, y *passim*. Para una crítica, continuada y de izquierdas del posmodernismo, véase Bryan D. Palmer, *Descent into Discourse: The Reification of Language and the Writing of Social History* ((Filadelfia, 1990). Para una crítica más reciente, véase Terry Eagleton, *The Illusions of Postmodernism* (Oxford, 1996).

⁴ Sabine Lovibond, 1990, citada en Bertens, *Idea of the Postmodern*, 202. Este capítulo (págs. 185-208, y especialmente la nota ampliada 1, págs. 205-7) trata sobre el posmodernismo y feminismo y sobre el problema de la organización política.

⁵ Elton, *Return to Essentials*, 30. Por contra, sobre los beneficios de la hermenéutica y su aplicación como metodología archivística, especialmente en la macrovaloración, véase Richard Brown, “Records Acquisition Strategy and Its Theoretical Foundation: The Case for a Concept of Archival Hermeneutics,” *Archivaria* 33

(Winter 1991-92) pp. 34-56; y "The Value of 'Narrativity' in the Appraisal of Historical Documents: Foundation for a Theory of Archival Hermeneutics," *Archivaria* 32 (Summer 1991) pp. 52-56.

⁶ Elton, *Return to Essentials*, 28. Empleando una diatriba clásica para aclarar totalmente lo que quiere decir con respecto a los pioneros posmodernos, incluyendo los filósofos Heidegger y Adorno (podría haber añadido a Nietzsche y Gadamer), los teóricos culturales y literarios Saussure, Barthes y Derrida (y podría haber añadido a Lyotard y Levi-Strauss), y su transferencia teórica hacia la historia vía Foucault y sus muchos seguidores. Elton afirma que estos importantes pensadores posmodernos podrían describirse así: "Filosofía alemana y *esprit* francés – un peligroso cóctel ya que lo primero es incomprensible, aunque parece sensato y lo segundo demuestra que lo absurdo siempre suena mejor en francés."

⁷ John D. Caputo, redactor y comentarista, *Deconstruction in a Nutshell: A Conversation with Jacques Derrida* (Nueva York, 1997), pp. 38-39.

⁸ Doy las gracias a Heather MacNeil por llamar mi atención sobre esto.

⁹ Alan Sokal y Jean Bricmont, *Fashionable Nonsense: Postmodern Intellectuals' Abuse of Science*. (New York, 1998). Su artículo original fue reimpresso como un apéndice en el libro. Para un contraataque fuerte sobre la ridícula falta de honradez del trabajo de Sokal y su total incomprensión de la deconstrucción de Derrida, véase Caputo, *Deconstruction in a Nutshell*, pp. 71-81.

¹⁰ Bertens, *Idea of the Postmodern*, p. 121.

¹¹ *Ibid.*, 3.

¹² Stuart Sim, ed., *The Icon Critical Dictionary of Postmodern Thought* (Cambridge, 1998).

¹³ Para ejemplos de este debate, y referencias a otras fuentes de apoyo, véase Terry Cook "What is Past is Prologue: A History of Archival Ideas Since 1898, and the Future Paradigm Shift" *Archivaria* 43 (Spring 1997) pp. 17-63, una versión más breve y menos completa que la que se publica como "Interaction of Archival Theory and Practice Since the Publication of the Dutch Manual," *Archivum* (1997). Para un análisis de las posibles conexiones entre el medio archivístico (la nueva fotografía de Daguerrotipo), la teoría y práctica archivísticas (la nueva articulación del *principio de procedencia* Louis Phillippe France), y el espíritu de una época (positivismo empírico y científico), véase Joan M. Schwartz, "'Records of Simple Truth and Precision': Photography, Archives, and the Illusion of Control," *Archivaria* 50 (Fall 2000) pp. 1-40 [publicado en español en este mismo número]. El profesor Terry Eastwood ha observado que "hay que entender el entorno político, económico, social y cultural de una determinada sociedad para entender sus archivos," añadiendo que "las ideas de un determinado momento sobre los archivos, son con seguridad un reflejo de las corrientes más amplias en la historia intelectual." Terence M. Eastwood, "Reflections on the Development of Archives in Canada and Australia," en Sue McKemmish and Frank Upward, eds., *Archival Documents: Providing Accountability Through Recordkeeping* (Melbourne, 1993), p. 27. Véase también Barbara L. Craig, "Outward Visions, Inward Glance: Archives History and Professional Identity," *Archival Issues: Journal of the Midwest Archives Conference* 17, no. 2 (1992), pp. 113-24.

¹⁴ El primer archivero en mencionar el posmodernismo (al menos en inglés) en el título de un artículo fue Terry Cook en "Electronic Records, Paper Minds: The Revolution in Information Management and Archives in the Post-Custodial and Post-Modernist Era," *Archives and Manuscripts* 22 (november 1994) pp. 300-329. Ya se había anticipado a estos temas en su "Mind Over Matter: Towards a New Theory of Archival Appraisal," en Barbara Craig, ed., *The Canadian Archival Imagination: Essays in Honour of Hugh Taylor* (Ottawa, 1992, pp. 38-70; y continuó en "What is Past is Prologue: A History of Archival Ideas," *Archivaria*, y "Archival Science and Postmodernism: New Formulations for Old Concepts," *Archival Science*. Antes de Cook hubo otros dos archiveros posmodernos pioneros y también canadienses: Brien Brothman y Richard Brown. Entre otros trabajos, véase Brien Brothman, "Orders of Value: Probing the Theoretical Terms of Archival Practice," *Archivaria* 32 (summer 1991) pp. 78-100 [publicado en español en este mismo número]; "The Limits of Limits: Derridean Deconstruction and the Archival Institution," *Archivaria* 36 (Autumn 1993) pp. 205-20; y su sagaz crítica a la obra de Jacques Derrida, *Archive Fever*, en *Archivaria* 43 (Spring 1997) pp. 1-43, que adquirió una visión más profunda en su "Declining Derrida," *Archivaria*; y Richard Brown, "The Value of 'Narrativity' in the Appraisal of Historical Documents," *Archivaria*, y "Records Acquisition Strategy," *Archivaria*, y su "Death of a Renaissance Record-Keeper: The Murder of Tomasso da Tortona in Ferrara, 1385," *Archivaria* 44 (Fall 1997). Otras declaraciones posmodernas realizadas por canadienses incluyen a Preben Mortensen, "The Place of Theory in Archival Practice," *Archivaria* 47 (spring 1999) pp. 1-26; Tom Nesmith, "Still Fuzzy, But More Accurate: Some Thoughts on the 'Ghosts' of Archival Theory," *Archivaria* 47 (Spring 1999) pp. 136-50; Joan Schwartz, "We make our tools and our tools make us": Lessons from Photographs for the Prac-

tice, Politics, and Poetics of Diplomats,” *Archivaria* 40 (Fall 1995) pp.40-74, y su “Records of Simple Truth and Precision,” *Archivaria*; Bernadine Dodge, “Places Apart: Archives in Dissolving Space and Time,” *Archivaria* 44 (Fall 1997) pp. 118-31; Theresa Rowat, “The Records and the Repository as a Cultural Form of Expression,” *Archivaria* 36 (Autumn 1993) pp. 198-204; Robert McIntosh, “The Great War, Archives, and Modern Memory,” *Archivaria* 46 (Fall 1998) pp. 1-31; Carolyn Heald, “Is There Room for Archives in the Postmodern World?,” *American Archivist* 59 (1996) pp.88-101; y Lilly Koltun, “The Promise and Threat of Digital Options in an Archival Age,” *Archivaria* 47 (Spring 1999) pp. 114-131. Archiveros posmodernos no canadienses son Eric Ketelaar, “Archivalisation and Archiving,” *Archives and Manuscripts* 27 (mayo 1999) pp. 54-61, y “Looking Through the Record into the Rose Garden,” *Arkhiyyon. Reader in Archival Studies and Documentation*, Israel Archives Association 10-11 (1999): XXVII-XLII, entre otros; y Verne Harris, “Claiming Less, Delivering More: A Critique of Positivist Formulations on Archives in South Africa,” *Archivaria* 44 (Fall 1997) pp. 132-141, su complementario “Redefining Archives in South Africa: Public Archives and Society in Transition, 1990-96,” *Archivaria* 42 (Fall 1996) pp. 6-27, sus *Exploring Archives: An Introduction to Archival Ideas and Practice in South Africa*, segunda edición (Pretoria, 2000), y con Sello Hatang, “Archives, Identity and Place: A Dialogue on What It (Might) Means(s) to be an African Archivist,” *ESARBICA Journal* 19 (2000) pp. 45-58, entre otros muchos escritos; Elizabeth Kaplan, “We Are What We Collect, We Collect What We Are,” *American Archivist* 63 (Spring/summer 2000) pp. 126-151; e implícitamente al menos alguno de los escritos de los estadounidenses Margaret Hedstrom, Richard Cox y James O’Toole, y los australianos Frank Upward, Sue McKemmish y Barbara Reed. La publicación ya planeada en el próximo año de al menos dos libros que traten de archivos y de la construcción de la memoria social, ampliará el número de archiveros comprometidos en considerar las implicaciones del posmodernismo en su profesión.

¹⁵ Jacques Derrida, *Archive Fever: A Freudian Impression* (Chicago y Londres, 1996, publicado originalmente en francés en 1995, de una serie de conferencias de 1994).

¹⁶ Véase por ejemplo, los dos artículos temáticos en “The Archive,” en *History of the Human Sciences* 11 (November 1998) y 12 (May 1999), que ofrece una veintena de artículos escritos por estudiosos de muchas disciplinas dedicados a analizar los elementos teóricos que rodean al archivo como un fenómeno sociable y social. En el seminario de Sawyer sobre “Archives, Documentation, and the Institutions of Social Memory,” organizado por el instituto Bentley de la Universidad de Michigan durante el curso académico 2000-01 se escucharon de forma similar una veintena de artículos y comentarios, de los que se publicarán muchos, realizados por estudiosos de muchas disciplinas sobre los muchos aspectos del archivo y la sociedad.

¹⁷ Caputo, *Deconstruction in a Nutshell: A Conversation with Jacques Derrida*, p. 70. Además de los trabajos de Verne Harris y Brien Brothman citados en estas notas, el libro de Caputo es una magnífica introducción al trabajo de Derrida y la naturaleza de la deconstrucción.

¹⁸ Sobre la política y la poética en el marco archivístico, véase Schwartz, “We make our tools and our tools make us”: Lessons from Photographs for the Practice, Politics, and Poetics of Diplomats,” *Archivaria*, *passim*.

¹⁹ Jean-Francois Lyotard, *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, Geoff Bennington y Brian Massumi, traducción. (Minneapolis, 1984, del original francés 1979), p. xxiv (énfasis añadido).

²⁰ Hay muchos libros que evalúan las dimensiones culturales, sociales, intelectuales y globales de la condición posmoderna o posmodernidad. He encontrado especialmente útiles tres: David Harvey, *The Condition of Postmodernity* (Cambridge MA, 1990, múltiples reimpressiones); Richard Tarnas, *The Passion of the Western Mind: Understanding the Ideas That Have Shaped Our World View* (New York, 1991), pp. 325-413; y Norman Cantor *The American Century: Varieties of Culture in Modern Times* (New York, 1997), pp. 425-502.

²¹ Algunos de los argumentos de este párrafo y del anterior recurren al análisis de Cook en “Archival Science and Postmodernism,” *Archival Science*. Como se apunta en el ensayo, parece que sirve de poco citar un montón de artículos y libros que han dado forma a mi comprensión del posmodernismo. Dicho esto quizá, además de la metodología histórica de Foucault, y del volumen fundamental de Derrida, para mí supuso un gran beneficio mi temprano acercamiento al trabajo de la estudiosa literaria canadiense Linda Hutcheon: *The Politics of Postmodernism* (London y New York, 1989), y *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction* (New York y London, 1988); y a *Passion of the Western Mind* de Richard Tarnas y, por supuesto, a los escritos de aquellos archiveros (que afortunadamente están creciendo en número) que han explorado, en lugar de ignorar, el posmodernismo, como se explica en la nota 14 más arriba. También me gustaría reconocer los agudos debates sobre el posmodernismo a lo largo de los años a cargo de Brien Brothman, Rick Brown, Bernadine Dodge, Verne Harris, Candace Loewen, Tom Nesmith, Jean-Stéphen Piché, Joan Schwartz, y Hugh Taylor.

²² John Ralston Saul, "The Inclusive Shape of Complexity," discurso incluido en "The Canadian Distinctiveness into the XXIst Century," en la International Conference on Canadian Studies (Conferencia Internacional de Estudios Canadienses) Universidad de Ottawa, 18 Mayo 2000, y que se publicará próximamente.

²³ John Ralston Saul, *The Unconscious Civilization* (Concord, 1995), pp. 18, 20, 28, 36-37.

²⁴ Sobre esto, véase Sue McKemmish, "Are Records Ever Actual?" en Sue McKemmish y Michael Piggott eds., *The Records Continuum: Ian Maclean and Australian Archives First Fifty Years* (Clayton, Vic., 1994). En su epígrafe inicial se inspira en Derrida y en mi trabajo sobre el concepto postcustodial del fondo archivístico basado en "realidades múltiples, o virtuales o lógicas" más que en su base tradicional. Véase Terry Cook, "The Concept of the Archival Fonds: Theory, Description, and Provenance in the Post-Custodial Era," en Terry Eastwood, ed., *The Archival Fonds: From Theory to Practice* (Ottawa, 1992), p. 38.

²⁵ Para este debate de forma más detallada, con ejemplos y numerosas referencias, véase Cook "What is Past is Prologue: A History of Archival Ideas," pp. 18-19. Para sólo unos pocos de los muchos ejemplos que nos ofrece el milenio, véase Patrick J. Geary, *Phantoms of Remembrance: Memory and Oblivion at the End of the First Millennium* (Princeton, 1994), especialmente el capítulo 3: "Archival Memory and the Destruction of the Past;" Richard Brown, "Death of a Renaissance Record-Keeper," *Archivaria*; Robert McIntosh, "The Great War, Archives, and Modern Memory," *Archivaria* 46 (Fall 1998) pp. 1-31; y Verne Harris, "Redefining Archives in South Africa," *Archivaria*; así como también varios artículos de los números especiales de "The Archive" en *History of the Human Sciences*. Para ahondar en la naturaleza simbólica de los archivos, véase James O'Toole, "The Symbolic Significance of Archives," *American Archivist* 56 (Spring 1993) pp. 234-255.

²⁶ Gerda Lerner, *The Creation of Patriarchy* (New York y Oxford, 1986), págs. 6-7, 57, 151, 200, y *passim*; y *The Creation of Feminist Consciousness: From the Middle Ages to Eighteen-seventy* (Nueva York y Oxford, 1993) con detalles de la exclusión sistemática de las mujeres de la historia y de los archivos, y de los esfuerzos a finales del siglo XIX por corregirlo creando archivos de mujeres (especialmente el capítulo 11, "The Search for Women's History"). Véase también Riane Eisler, *The Chalice & The Blade: Our History, Our Future* (San Francisco, 1987), págs. 71-73, 91-93.

²⁷ Bonnie Smith, *The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice* (Cambridge -Massachusetts y London, 1998).

²⁸ Véase especialmente a Mortensen, "The Place of Theory in Archival Practice," *Archivaria*; Schwartz, "Records of Simple Truth and Precision," *Archivaria*; y Cook "What is Past is Prologue", *Archivaria*.

²⁹ Véase Nesmith, "Still Fuzzy, But More Accurate: Some Thoughts on the 'Ghosts' of Archival Theory," *Archivaria*. Sobre la metáfora del fantasma en los escritos de Derrida que tratan sobre la persistencia de "los Otros" que están siempre presentes y la persistencia de esa incapacidad que no nos permite huir completamente del pasado, véase Stuart Sim, *Derrida and the End of History* (Cambridge, 1999), que es un reconocimiento crítico a la obra de Derrida *Specters of Marx* (1993, traducción al inglés americano con la consiguiente ortografía del mismo).

³⁰ Véase especialmente la conferencia sobre este tema de Verne Harris, que aparece revisada en otro lugar de este número de *Archivaria*.

³¹ Véase Hutcheon, *Poetics of Postmodernism*, p. 122

³² Sobre el último periodo de Derrida y sus implicaciones archivísticas, véase Ketelaar, "Archivalisation and Archiving," *Archives and Manuscripts*.

³³ En la parte que acompaña a este artículo, he sugerido cómo el pensamiento posmodernista visto desde esta perspectiva podría variar significativamente los conceptos de procedencia, orden original, documento, fondos, archivos y "Archivística". No repetiré todas estas observaciones aquí. Véase Cook, "Archival Science and Postmodernism," *Archival Science*. Desde otra perspectiva basada en el análisis de la evolución histórica de las ideas archivísticas, he sugerido conclusiones similares: véase Cook, "What is Past is Prologue: A History of Archival Ideas," *Archivaria*. Para un análisis magnífico de la naturaleza (y mal uso) de la teoría en un contexto archivístico, véase Mortensen, "The Place of Theory in Archival Practice," *Archivaria*. Prácticamente todos los pensadores archivísticos citados en la nota 14 también han sugerido nuevas formas de ver los preceptos tradicionales.

³⁴ Gayatri Chakravorty Spivak, *Outside in the Teaching Machine* (New York and Londres, 1993), 121 (de un capítulo fascinante titulado "Feminism and Deconstruction, Again: Negotiations"). Spivak ofrece una lectura entusiasta de Derrida dentro de los estudios feministas y poscoloniales. Verne Harris amablemente despertó mi atención por el trabajo de esta autora.

³⁵ Además de los documentos internos de los Archivos Nacionales de Canadá sobre la teoría, estrategia y criterios de la macrovaloración, para conceptos básicos y acercamientos estratégicos, véase Terry Cook,

The Archival Appraisal of Records Containing Personal Information: A RAMP Study With Guidelines (París, 1991); Terry Cook, "Mind Over Matter: Towards a New Theory of Archival Appraisal," *The Canadian Archival Imagination*; Terry Cook, "'Many are called but few are chosen': Appraisal Guidelines for Sampling and Selecting Case Files," *Archivaria* 32 (Summer 1991) pp. 25-50; Richard Brown, "Macro-Appraisal Theory and the Context of the Public Records Creator," *Archivaria* 40 (Fall 1995) pp. 121-72; y Rick Brown, "Records Acquisition Strategy and Its Theoretical Foundation", *Archivaria*.

³⁶Véase especialmente Verne Harris, "Seeing (in) Blindness: South Africa, Archives and Passion for Justice," borrador del ensayo para su presentación ante los archiveros de Nueva Zelanda, agosto 2001.

³⁷Verne Harris, *Exploring Archives: An Introduction to Archival Ideas and Practice in South Africa*, segunda edición (Pretoria, 2000), p. 45.

³⁸Terry Eastwood, "Putting the Parts of the Whole Together: Systematic Arrangement of Archives," *Archivaria* 50 (Fall 2000), pp. 115-16. Para los primeros seguidores de los fondos virtuales o de la descripción de procedencia múltiple, véase Terry Cook, "The Concept of the Archival Fonds in the Post-Custodial Era," *Archivaria* 35 (Spring 1993) pp. 24-37; David Bearman, *Archival Methods* (Pittsburgh, 1989), capítulos 3, "Arrangement and Description" y 5, "Intelligent Artifices: Structures for Intellectual Control"; y "Documenting Documentation," *Archivaria* 34 (Summer 1992) pp. 33-49; y Chris Hurley, "What, If Anything, is a Function?" *Archives and Manuscripts* 21 (November 1993) pp. 208; "Ambient Functions – Abandoned Children to Zoos," *Archivaria* 40 (Fall 1995) pp. 234-59; y "Problems with Provenance," *Archives and Manuscripts* 23 (November 1995) pp. 21-39.

³⁹Sim, *Derrida and the End of History*, p. 50.

⁴⁰Para enlazar con el conocimiento contextual del archivero logrado mediante la valoración y descripción, véase Jean-Stéphén Piché, "Doing What's Possible with What We've Got: Using the World Wide Web to Integrate Archival Functions," *American Archivist* 61 (Spring 1998). Este artículo (basado en prototipos reales en los Archivos Nacionales de Canadá desarrollados por el autor) respondía al tipo de pensamiento de "fuera de la caja" apoyado por Margaret Hedstrom en su "Descriptive Practices for Electronic Records: Deciding What is Essential and Imagining What is Possible," *Archivaria* 36 (Autumn 1993) pp. 53-63

⁴¹Una vez que dicha excepción es la nueva iniciativa de los Archivos de Ontario; véase Bob Krawczyk, "Cross Reference Heaven: The Abandonment of the Fonds as the Primary Level of Arrangement for Ontario Government Records," *Archivaria* 48 (Fall 1999) pp. 131-52. Está basado en el sistema australiano; para una introducción, véase los artículos de Chris Hurley en la nota 38, así también como su "The Australian ('Series') System: An Exposition," en McKemmish and Piggott, eds., *Records Continuum*. Para ver la complejidad de la procedencia dentro de los sistemas descriptivos, véase Sue McKemmish, et al., "Describing Records in Context in the Continuum: The Australian Recordkeeping Metadata System," *Archivaria* (Fall 1999) pp 3-43.

⁴²Ejemplos de dichos seguidores "funcionales", como citaba Jean-Stéphén Piché (en "Doing What's Possible with What We've Got," *American Archivist*, 122, n. 51), son David Bearman, Margaret Hedstrom, y Helen Samuels en Estados Unidos y Tom Nesmith, Heather MacNeil y Terry Cook en Canadá.

⁴³Véase notas 38 y 41.

⁴⁴Sobre la importancia de la investigación respaldada por archiveros en su trabajo diario de valoración y descripción, véase Terry Cook, "The Imperative of Challenging Absolutes in Graduate Archival Education Programs: Issues for Educators and the Profession," *American Archivist* 63 (Fall/winter 2000), especialmente 384-86.

⁴⁵Harris, "Seeing (in) Blindness: South Africa, Archives and Passion for Justice," 11 (mss).

⁴⁶Tom Nesmith, "Archives from the Bottom Up: Social History and Archival Scholarship," en Tom Nesmith, ed., *Canadian Archival Studies and the Rediscovery of Provenance* (Metuchen NJ and London, 1993), publicado originalmente en 1982, donde Nesmith proféticamente definió dichos estudios archivísticos como enfocados principalmente en la historia del documento en todo su rico contexto a lo largo de su existencia.

⁴⁷"It's Alright, Ma (I'm Only Bleeding)," *Bringing It All Back Home* (1965), letra y música de Bob Dylan, derechos de autor pertenecientes a Bob Dylan y Columbia Records, citadas bajo disposiciones de uso leal.